

Armando Donoso

Hurtado y Arias, historiador y crítico *

NUNCA se dió género tan socorrido en América como la historia, acaso porque estuvo en relación más inmediata que la simple literatura con la vida de cada pueblo. Confundiéronse en su cultivo simples escritores y eruditos pacientes, convirtiéndola en crónica indigesta o en bibliografía prolija cuando no en polémica y hasta en invectiva. Desde Góngora de Marmolejo hasta Vicente Fidel López, o desde Fray Servando Teresa de Mier hasta Vicuña Mackenna, para no citar a cuantos como Groussac, Levène, Fortuol o Villanueva están muy cerca de nosotros para ser juzgados aún, la historia americana procedía de la tradicional manera española más que de la escuela de Michelet y de Guizot, grata tan sólo a muchos ideólogos; es decir, renuevo de la crónica prolija y desesperante, ayuna de ideas generales y falta en absoluto de proporciones artísticas. Los diecisiete fatigosos volúmenes de la «Historia de Chile», escritos por Barros Arana o las abundantes obras de Errázuriz o Amunátegui resultan más copiosos que los de Ferrero sobre Roma o las de Agustín Thierry. Fundadamente podía observar Menéndez y Pelayo: «No hay rincón de su historia que los chilenos no hayan escudriñado, ni papel de sus archi-

* Un telegrama del 30 de Septiembre último anunció la muerte de este conocido escritor peruano, que residió durante algunos años en Chile.

vos y de los nuestros que no impriman e ilustren con comentarios; pero el historiador para no ser un simple cronista, necesita cierto grado de imaginación y cierto buen gusto que le marque la distinción entre lo importante y lo superfluo. Admiro y aplaudo el ardor patriótico con que los chilenos se consagran al esclarecimiento de sus anales patrios; pero observo cierta falta de armonía y de proporción en sus trabajos, por lo cual es difícil que fuera del país en que se escriben logren muchos lectores. Chile, colonia secundaria durante la dominación española, tiene historias más largas que las de Roma de Mommsen, más largas que las de Grecia por Curtius o por Grote.

Otro tanto cabría afirmar de Argentina, para no citar a Méjico y Venezuela, donde existen obras tan prolijas y extensas como las de López o Mitre, más documentales que literarias y más narrativas que psicológicas. Nacidas en un período de prueba, a raíz de los hechos referidos, tal vez sus autores estaban demasiado cerca de las materias estudiadas para lograr depurarlas de todo inútil detalle, haciendo resaltar las líneas de su arquitectura perdurable. Acaso el defecto de la historia americana ha sido el de toda crónica, sobre la cual no ha influido el espurgo del gusto y la sensibilidad de la obra de arte. Falta del don de autocritica, sólo en lo contemporáneo reconoce valores más aquilatados. En tal sentido la buena obra de la crítica histórica contribuirá en sus progresos y ayudará la obra de justipreciar sus valores. Enrique Hurlado y Arias, vale decir *Mirror*; Groussac, Levène; Leguizamon y Capdevila comienzan en Argentina a elevar el tradicional concepto de la crónica pesada y árida para convertirla en esa disciplina que Taine colocó en el mismo plano de la filosofía y de la crítica pura.

DE OTROS AÑOS

Fué la suya la amable historia de un hombre cultísimo, goloso de lectura, un poco avaro de su saber, que vivió oculto detrás de su inveterada modestia; perdido, demasiado acaso, entre los anaqueles repletos de infolios y de graves volúmenes.

La librería del Museo Mitre no hizo sino acentuar su incurable miopía y enriquecer esa erudición de primera mano, que un don estricto de clara autocrítica había logrado depurar.

Para la generación chilena que vió declinar su mocedad con los últimos años del pasado siglo, el nombre de Enrique Hurtado y Arias perpetúa el recuerdo de una amable camaradería que más que tal constituía una verdadera hermandad espiritual. Algunos de sus amigos de entonces han muerto; otros han olvidado, con la primavera juvenil, el gusto por las letras; y no pocos andan, por los anchos caminos que decía Cervantes, riñendo aún a brazo partido con la vida.

Nacido en Tacna, el libio rinconzuelo norteño, de perdurable ambiente español, vino a Santiago siendo muy niño. Se educó en el Instituto Nacional; anduvo, luego, en todos los cenáculos intelectuales, hizo periodismo activo en los diarios más difundidos de los últimos tres lustros del pasado siglo; casó acá y frecuentó los estudios de humanidades en los liceos de esta metrópoli.

Partidario y admirador de aquel romántico don José Manuel Balmaceda, mascó tinta de imprenta en días de amargas angustias políticas, escribiendo en «La Libertad Electoral» y en «La Nueva República». La mayor parte de su labor de ese entonces aparecía firmada por pseudónimos ocasionales que, como cierto *Agridulce* caústico, subrayaba con rúbrica de fuego sueltos implacables, o bajo el nombre de Pedro J. Carlos ocupábase de los mejores libros publicados a la sazón.

Con Enrique Malta Vial y el librero Baldrich fundó la «Revista Nueva», una publicación de excepcional interés para la historia de la literatura chilena. La obra de dos lectores curiosos, enterados de cuanto se escribía a la sazón en Europa, está reflejada en ese cuaderno mensual de comienzos del siglo: los nombres de Kipling y de Ibsen, de Rellé y de Wilde, de Marquina y de D'Annunzio, de Sanin Cano y de Unamuno, de Tchekov y de Elysio de Carvalho, aparecen junto a *Las Confesiones* de Verlaine y a las páginas chilenas. Una serie de ensayos suyos se publicaron en la revista, que dan la medida de

un escritor modernísimo: con motivo de un volumen de Bórquez Solar, muy influido por el Lugones de «Las montañas del oro» y por el Jaimes Freire de «Castalia bárbara», el crítico demostraba encontrarse bien enterado de la literatura de última hora, haciendo valer las referencias de autoridades como Henri de Regnier o Rémy de Gourmont: «Los modernistas buscan lo nuevo, decía; se apartan de lo ya conocido, cultivan una sensibilidad exquisita que les lleva al aforismo de que a sensaciones nuevas corresponden formas nuevas». Si repasa el estado de la literatura española finisecular, con motivo de la muerte de Clarín, en quien aplaude su europeísmo abierto al culto de Renan, de Taine, de Guyau, de Tolstoy o de Zola, cuyos libros traduce bien, observa que don Juan Valera pertenecía al pasado y al presente; que Menéndez y Pelayo es «más erudito que artista, más literato que crítico»; que el Padre Blanco tiene de crítico «sólo el hábito, que en este caso puede hacer el monje pero no el crítico»; que Gómez de Baquero es «bastante estudioso a lo que parece, pero de una opacidad desesperante»; que Echegaray es el más grande dramaturgo del siglo diecinueve, juicio al parecer aventurado, pero que encuentra un fundamento si se recuerda la época en que fué emitido, cuando sólo abundaban los fáciles rimadores del «Madrid Cómico».

En medio del ambiente literario de fines del pasado siglo y del primer lustro del que corre, Hurtado y Arias ejerció una verdadera disciplina de la crítica literaria, menos difundida de lo necesario debido a lo ocasional de su ejercicio en periódicos de circulación escasa. Sus *palos*, con cierto sabor clarinesco, solían levantar agrios escozores, porque era un juez severo quien dictaba sentencias sobre capítulos endebles de nuestra escasa historia literaria.

Releyendo, al azar de verificaciones bibliográficas, el «Ensayo de una Biblioteca Dramática Chilena» por Nicolás Anrique, publicado en Santiago en 1899, encontramos una interesante noticia que dice relación con tres pequeñas obras dramáticas de Hurtado y Arias. Con la referencia de la primera de esas obras, titulada «Un diputado en barbecho», comedia de cos-

tumbres políticas, encontramos las siguientes líneas: «El autor de esta pieza, señor Enrique G. Hurtado y Arias, ha escrito y hecho representar las siguientes piezas: *Por un canario*, sainete, *Pensión con o sin pieza*, juguete cómico».

Un buen día sus amigos de Chile le vieron trasponer la cordillera andina y, desde aquel entonces, encontró el calor cordial de un hogar íntimo en «La Nación» de Buenos Aires y en el Museo Mitre, donde realizó una labor tranquila, grata a sus aficiones históricas.

En las columnas de «La Nación» aparecieron todos los estudios de crítica, que más tarde recogió en volumen y bajo el seudónimo de *Mirror*, con que fueron dados a la estampa. Labor suya, amplia y novedosa, ha sido en el mejor de los diarios latinos ese Correo Literario, que hebdomadariamente firmaba *Alpha* y en el cual se comentó la novedad intelectual que en cualquier rincón del mundo preocupara la atención.

CUESTIONES AMERICANAS

Libro de aguda crítica, «Al margen de la Historia» viene a ser como un emporio contentivo del más amplio espectáculo de civilización. El pasado americano aparece sopesado en muchos de sus acontecimientos esenciales, a través del análisis de numerosas obras, que siempre será preciso recordar: el enigma incaico y su verdad histórica; don García Hurtado de Mendoza y Santo Toribio; el Inca Garcilaso y la Inquisición americana; las controversias sobre la patria de Colón y la historia de Guayaquil; el plan de Moreno y un precursor de la Independencia en el Perú; algo sobre la historia diplomática de América y el filibustero Walker; la Infanta Carlota y la creación de Bolivia. Es decir, páginas esenciales de la vida continental de muchos siglos, que resumen no sólo la verdad histórica sino el espíritu de numerosas controversias y de no pocas cuestiones por resolver. Que don Camilo Destruge hable de la entrevista de Guayaquil o Arturo Capdevila del imperio incaico; que Juan Christensen procure aclarar el enigma que circunda la muerte

de Juan Núñez de Prado o que Marius André pretenda probar que el movimiento emancipador de la América española no fué liberal ni republicano, sino católico y realista, son cosas que el crítico sabrá sopesar, evidenciando el valor de sus afirmaciones.

Muchos y de la mayor variedad, como que son tantas las obras que han suscitado las consideraciones del crítico, son los estudios que componen «Al margen de la Historia», glosa que vale y pesa por un prolijo repaso de valores de ciertos problemas fundamentales de la historia americana. He ahí, valga el caso, el problema incaico, cuyo velo quiso descorrer la curiosidad de un escritor tan fino como Arturo Capdevila, descuidando en parte ciertas tentativas fructuosas de las ciencias auxiliares. Hurtado y Arias observa acertadamente que si el autor de «Los Hijos del Sol» recurre a la arqueología, sigue muy de cerca los estudios de Posnanski, guía incierto, olvidando los últimos progresos de la arqueología incaica y preincaica. Y lo que le falta al escritor en testimonios exactos, lo suple con las hipótesis que resumen los dones de la imaginación, aquellas que pretenden columbrar a través del tiempo espeso la amable verdad exaltadora de las virtudes tradicionales. Esas posibilidades encuentran en el imperio incaico la santa paz de una probable arcadia y la justicia de una organización en la cual concurrían la sabiduría política y la dulzura de unas costumbres pastorales. Sin embargo, observa *Mirror*, «si el Imperio de los incas había alcanzado a la llegada de los españoles el grado de civilización que tanto encanta y maravilla al señor Capdevila, y si esa civilización se hallaba en su apogeo ¿cómo explicar su fulminante derrumbamiento por un puñado de aventureros?». No bastaría para justificarlo los elementos superiores de ataque de los soldados peninsulares porque los indios disponían a su vez del mayor número de hombres, de las condiciones favorables del terreno y de sus nada desleznables armas arrojadas. Dominadores y crueles, los incas habían sojuzgado a otros pueblos, que habían convertido en «una temida grey de esclavos laciturnos», según arguye José de la Riva Agüero.

llegando a ser víctimas prematuras de una decadencia que anticipó una decrepitud necesaria. El saludable optimismo histórico de Capdevila encuentra en esa civilización muy claras razones de interés decorativo, aunque la verdad real se encargue, por autoridad del crítico, en fundar justos reparos. Civilización extraordinaria si se la compara con la de los demás pueblos aborígenes en la parte sur del continente, denuncia junto con sus progresos, atrasos inexplicables «como, por ejemplo, que tan grandes constructores de caminos como fueron, no conociesen la rueda».

Por lo demás, acaso no era un poeta, aún cuando sea él uno de los mejores de América, el más llamado a fundar el verdadero alcance de una civilización, aún precariamente conocida, en torno a cuya realidad histórica habrá de escribirse mucho aún antes de pronunciar la palabra definitiva, mientras las controversias de arqueólogos como Uhle y Posnansky se encargan de probar cuán antojadizas pueden ser muchas anticipaciones.

TODA LA HISTORIA

El historiador americano ha cultivado con cierta dilección la especialidad particular que tenía más cerca en el estudio de sus archivos o de sus cronistas. De tal manera escribieron sus libros Paz Soldán, Mitre o Vicuña Mackenna; movidos, naturalmente, por la curiosidad de lo que pudieron estudiar bien de cerca. Y, cuando un espíritu de humanista capaz de generalizar, como Francisco García Calderón, intentó un volumen abarcador de más amplias perspectivas históricas, el resultado fué ingrato y la historia resultó endeble. ¿Cómo buscar las leyes psicológicas de muchos pueblos unidos por el nexo de una lengua común, ni más ni menos que lo intentara Fouillée con la nación francesa, cuando ni siquiera conoce medianamente cada nación americana el carácter de sus pueblos aborígenes?

El historiador futuro, que pretenda inducir conclusiones generales de una historia por hacer aún, tendrá que proceder como

Hurtado Arias: ser un historiador doblado de un crítico severo; que en fuerza de haber recorrido todos los caminos de las investigaciones pueda aquilatar lo que aún resta por saber y el valor de lo averiguado ya. Y ha de ser, como Groussac o el propio García Calderón, un escritor en quien la sensibilidad defienda al artista y en quien el buen gusto y el don de auto crítica le permita sopesar los valores, calcular las proporciones y cuidar la lengua. Y el autor de «Al margen de la Historia», que comenzó siendo un buen escritor, hombre de amplias lecturas y de constante ejercicio en la frecuentación de los mejores maestros, sabe, por sobrada experiencia, lo que importa para un historiador poder hacerse leer. Es así como Hurtado y Arias escribe una lengua tan limpia y personaliza sus estudios en un estilo tan sencillo y grato para el gusto más exigente, que no deberá extrañarle al futuro historiador de la literatura peruana si mañana le ve figurar junto a Ricardo Palma o a Ventura García Calderón, dos maestros de la perfecta elegancia.

Pero, volvamos al relato interrumpido, a proseguir hojeando el primer libro formal de este crítico y de este excelente historiador. Muchas son las materias abarcadas en el volumen, como que se endereza a considerar y aquilatar cerca de la cuarta parte de un centenar de obras de la más variada índole y asuntos. Ya estudie la inquisición en el continente o la Patria de Colón, el crítico arguye buen acopio de erudición histórica y certera competencia analítica. Si de defender a don García Hurtado de Mendoza se trata, en cuanto se refiere a la querrela con Santo Toribio de Mogrovejo, que Roberto Levillier estudia para valorizar el carácter de las relaciones entre los funcionarios eclesiásticos y los funcionarios civiles de las colonias españolas de la segunda mitad del siglo XVI, Hurtado y Arias puntualizará certeramente lo infundado de las apreciaciones del compilador argentino, recordando que la sanción del Consejo de Indias no sólo fué obra exclusiva de las denuncias de don García sino que de las comunicaciones oficiales del embajador español en Roma, todo lo cual, a vuelta de razones, originó el debilita-

miento de la autoridad eclesiástica ante el patronato real: «En sus querellas con el arzobispo en defensa del patronato real, escribe Hurtado y Arias, el virrey tomó la posición que no podía dejar de tomar sin deservir, al rey, su amo; y el hecho de que el señor Levillier esté, como parece, de acuerdo con el padre Pastells en considerar *emponzoñada* la doctrina de que derivó la teoría del patronato, trasladada a la Constitución argentina, no parece justificación bastante para tal desconocimiento de los positivos méritos de D. Garcia».

No menos convincentes son las puntualizaciones del crítico cuando falla en asuntos de tan sonadas controversias como han sido las de la inquisición en América o la patria de Colón. Cuando Enrique Ruiz Guñazú afirma, por ejemplo, que la crueldad de los suplicios no fué obra exclusiva de la inquisición, Hurtado y Arias observa, oportunamente, que lo que principalmente se le censura al Tribunal del Santo Oficio «no es que aplicase tormentos a los reos, ni que relajara a algunos, muchos o pocos, para que fuesen quemados: se le reprocha, en primer término, su sistema de procedimiento; en segundo término, su codicia insaciable y su insolencia infinita; y, por último, aquel carácter mixto, civil y religioso, que tenía, y que fué lo que lo caracterizó especialmente». Si bien es cierto que los estudios de Palma, Lea o Medina atenúan muchas de las antiguas exageraciones que circulaban sobre la inquisición, no es menos cierto también, según lo trae a colación el crítico, que compulsando los debates de las Cortes de Cádiz el historiador llega a confirmarse en la idea que el socorrido Tribunal fué institución cuyo recuerdo es «sinónimo de exterminio e intolerancia».

La bibliografía de cuanto se ha escrito en torno a la cuna de Colón, daría para colmar ya un catálogo tan abundante cuanto pintoresco. En Santiago, hace cosa de un lustro, un publicista peninsular, el Marqués de Dosfuentes, renovó la vieja cuestión que había hecho renacer el cronista de la Riega, dando lugar a una polémica en la cual llevó, a fin de cuentas, la peor parte, y a que escribiera un volumen excelente sobre la cuestión don Enrique Sanfuentes Correa. Más tarde no faltaron en Bue-

nos Aires cuantos como don Rafael Calzada pusieran también los puntos sobre las *ies* a fin de probar que el Almirante reconocía un origen gallego, como que la existencia de Colones en Pontevedra bastaría para fundar el aserto. Considerando esta obra, que analiza con aguda lógica, Hurtado y Arias comienza por sentar un hecho oportuno: sea lo que fuere el origen de Colón y fuese cual fuese su cuna, ello «no disminuirá en nada el papel que en el desarrollo de la civilización ha tenido Italia, y que es tan grande, al paso que si se demostrase indubitadamente que Colón fué español, la demostración apenas aumentaría la gloria que España saca de que la empresa del descubrimiento de América fuese tan señaladamente española como fué».

Por lo que toca a las razones que arguye Calzada para probar que Colón encubriese su origen gallego, replica el crítico probando que la reina doña Isabel nada podía temer de Galicia, como de León o Asturias, pues les eran afectos hasta el punto que los gallegos pelearon al lado del propio rey don Fernando.

¿Que Colón no sabía italiano? Puede fácilmente afirmarse lo contrario demostrando que en su ancianidad el Almirante no hacía sino confundir las lenguas aprendidas, cosa nada de insólita; en cambio ¿por qué se valía de un idioma que, de no haber sido el propio, jamás hubiera empleado?

¿Que el apellido Colón es netamente gallego y especialmente pontevedrés? Al crítico le basta con citar una referencia del libro de Sitges, en la que se refiere como Luis XI envió como embajador ante los Reyes Católicos a un Claudio de Colón, «circunstancia que con un poco de ingenio y travesura podría permitir el sostenimiento de la tesis de que Cristóbal fué un pariente francés que Claudio llevó a España, de donde pasó a Portugal. Y la indiferencia de los Colones de Pontevedra sería más inexplicable que la de los Colones de Génova, ya que éstos podrían temer manifestarse contentos de que un pariente suyo hubiese adelantado la obra portuguesa que iba derechamente a desviar de los grandes puertos italianos el rico comercio con las Indias y las islas de la Especería».

EL SENTIDO DE LA CRÍTICA HISTÓRICA

Situado en un mundo que acechan los fantasmas de todos los prejuicios históricos tradicionales, Hurtado y Arias ha podido ser el más ecuánime de los historiadores porque comenzó dándole al crítico lo que necesariamente le hurló al panegirista. Erudito en el conocimiento de las cuestiones americanas, que posee a fondo y de primera mano, vale decir por el estudio directo de documentos y obras de calidad, sabe situarse ecuánimemente en medio de los problemas que tratan los autores de los libros estudiados por él. Comprende, con amable optimismo, ¡ah buena escuela francesa de saludables lecturas!, que el propio interés de la verdad reside a veces en circunstancias a menudo tan singulares y tan antojadizas que resulta cosa aventurada prever y sojuzgar: «Hay, escribe, en la vida de los hombres y los pueblos cosas de que nadie tiene la culpa, porque son consecuencia inevitable de circunstancias contra las cuales nada puede la voluntad de los hombres, por grandes que sean». Situado de esta guisa ante el problema de la colonización española en América, condenaría acaso él con la misma severidad las verbosas adjetivaciones de Lummis que los reparos del propio Las Casas, o a cuantos juzgan con un criterio actual lo que entonces sólo pudo ser considerado como un problema del momento, determinado a circunstancias precisas y bien poco acomodaticias. ¿Que el conquistador no alcanzó a pesar la realidad moral del mundo en que le tocó actuar? «Hay conceptos profundos escondidos en frases aparentemente triviales y vice-versa, escribe el crítico. En todo caso parece lícito suponer que el español entendió la realidad moral de América cada cual a su modo, porque hubo quienes se dedicaron solamente a enriquecerse a toda costa, y quienes, aún en medio del fragor de las más cruentas luchas, se dieron tiempo para aprender la lengua de los indios, e interrogarlos con paciencia acerca de su historia, de sus costumbres, de sus instituciones, de sus creencias religiosas, al mismo tiempo que descri-

bían el medio físico». Y, por lo demás, según el mismo lo advierte, «no es equitativo pedir a todos los hombres que se anticipen a su época».

No cabe aplicar un simple criterio político a problemas históricos transcendentales como la evangelización de América, campo de tan enconadas discusiones, ya que se trata de cuestión procedente de una modalidad y de un sentimiento particulares del pueblo español. Si la Iglesia tuvo que transigir con las supersticiones no sólo de los indios sino de ambiciosos más altamente colocados, ello acaso se explica como se explica que «las más torpes supersticiones solían tener influencia decisiva en los más importantes negocios del Estado». La Iglesia en América distaba mucho de tener una mediana autoridad, ya que es preciso no olvidar su situación ante el poder real, del cual era un instrumento el Tribunal del Santo Oficio. Cuando empezó la lucha de la independencia, el clero se vió obligado a ser su enemigo, prolongando su adhesión realista hasta más acá de la definitiva imposición del nuevo estado de cosas. Agente del despotismo real, la inquisición mantuvo un carácter mixto, del Estado y de la Iglesia, pues «como muy alinadamente decía la Comisión de las Cortes de Cádiz encargada de informar el proyecto sobre tribunales protectores de la religión, cuando la inquisición desagradaba a la Silla Apostólica se valía de la autoridad del rey para no asentir ni ejecutar sus mandatos, y cuando desagradaba a la autoridad real usaba de la pontificia para resistir a las providencias de aquella».

Suele no ser género literario muy socorrido el de la simple crítica histórica y cuantos lo han cultivado, como Mitre y López en su sonada controversia; Barros Arana en sus notas bibliográficas, que ha salvado del olvido Fuenzalida Grandón; Blanco Fombona en polémicas o disertaciones apasionadas como Vallenilla Lanz; Molinari o el propio Groussac, no logran ser los más leídos o buscados por el público. Y es que en ellos la especialidad sacrifica el interés y el escritor se ahoga bajo la aridez del documento o de la narración. Hurtado y Arias, en cambio, procede según siempre lo intentó Taine, maestro inolvidable: sin pasión y con estudio; analizando fríamente, hasta

puntualizar las cuestiones con sobrada claridad y ejemplar elegancia. Sabe y logra interesar al más ajeno en las cuestiones que trata, pues conduce la atención como lo hiciera un novelista con el más patético de los relatos. Virtud cardinal de escritor la suya, de grande y nobilísimo escritor, que le coloca entre los maestros del género y entre los maestros de la literatura americana en la hora actual.